

---

---

II

Flora subió ligeramente la escalera y desde el primer descansillo envió familiares cabeceos á los grupos de conocidos que paseaban el almuerzo, expansivos y bullangueros.—Florita, ¿bajará usted?—¡Que no nos falte usted, Florita!—Y Flora sonreía con aquella sonrisa enigmática suya que no se sabía si era expresión de bondad ó máscara de sentimientos, trágica consumada que ante el público que la festeja y aplaude cuida de que la naturaleza no haga traición al arte, su esclavo, y ni decía que sí ni que no, aumentando el clamor de las súplicas y de las protestas:—¡Florita, que vamos á reñir!—Mire usted, Florita...—¡Por Dios, Florita!

Cuando en la vuelta de la escalera quedó libre de toda curiosidad, se detuvo, se apoyó en el pasamanos y permaneció dos ó tres minutos pensativa; no sonreía ya: el laboreo de la reflexión arrugaba su frente, marcaba los pliegues de los ojos y de la boca, envejeciéndola, echando á perder su exquisito trabajo de tocador; pero ¿qué importaba? ¿quién la veía? escalón por escalón fué subiendo despacio, llegó al ancho pasillo, abrió la primera puerta, la cerró luego y se echó en una butaca, desmadejada, abrumadísima... La salita estaba á media luz. No había nadie.

En el silencio de la habitación mercenaria, indiferente á las risas y á las lágrimas de los huéspedes de un día, se escuchaba, pared por medio, á los papás repetir el dúo diario lastimoso, que empezaba con la pregunta de D. Navigio:—¿Qué hacemos, Loreto?... y terminaba con la deprecación de misia Loreto:—¡Ten piedad, Señor, de nosotros!..., cambio afectuoso de impresiones, temores, esperanzas, desalientos y tris-

tezas de dos viejos amigos que mutuamente se sostienen y consuelan.

—Sí, sí. Lo de siempre. La eterna cuestión de equilibrio, el difícil problema de seguir sosteniendo sobre el abismo de la ruína el alambre en que la hija, cubierta de lentejuelas, hacía piruetas ante el público; si la madre aflojaba un cabo, si el padre soltaba el otro, despeñábase Florita y con ella la familia entera. Y el padre y la madre, cascados ya, enfermos, sin fuerzas, tiraban de un cabo y de otro, matándose en la inútil tarea porque ella siguiera bailando y deslumbrando á los mirones. ¡Por ella, sólo por ella! ¿y para qué, al fin y á la postre? ¿con qué finalidad práctica?

Así estaban de mucho tiempo atrás, desde que el relámpago de la fortuna se apagó y les dejó á obscuras en el camino y á la intemperie. Muy fácil fuera remediarlo todo con el sacrificio del amor propio; pero Florita no podía descender; soltar el alambre era condenarla al celibato, á la pobreza, á la infelicidad. ¡Un esfuerzo más! ¡quién

sabe! ¿por qué en esta temporada de Marplatina, donde la ocasión es encubridora y el roce social incentivo, no había de resolverse favorablemente la situación? ¡un esfuerzo más, el último! ¡y pudieran ver á la hija adorada, tan digna de ser feliz, en la altura deseada y merecida!

Y D. Navigio y misia Loreto tiraban, tiraban del alambre, con angustias y sudores de desesperados. Escuchándoles, Flora recordaba una por una las estaciones del calvario recorrido para poder llegar vestidos y compuestos al tren de lujo de Marplatina: primero, la visita de D. Navigio al Presidente, y la escena de reproches, quejas y súplicas para sonsacarle la débil promesa de una vacante en la magistratura; luego, la firma de tres pagarés usurarios y de otros dos al alquilador de coches y á la modista; la pignoración de los trajes de invierno, la venta al peso de la poca plata que quedaba... También se había vendido la última alhaja de familia, y dos meses antes se despidió á la criada y D. Navigio se puso á die-

ta de cigarros. ¡Todo por ella, porque luciera bien sobre el alambre su tonelete de relumbrones!

Las voces cercanas se apagaban, y la última frase de misia Loreto resonó como un quejido:

—¡Señor, acuérdate de nosotros!...

Y al mismo tiempo se abrió la puerta y entró en la sala su desarrollada persona de polisárcicas redondeces, globo con ruedas envuelto en fino cachemir azul pálido y volantes de encaje, tan ultrajada por los años y los infortunios, tan distinta de aquella dama oronda, fundadora del *Asilo del Saucé* y organizadora de las más famosas *kermesses* que se han visto, que en el mismo hablar, estropajoso por la falta de dientes, costaba mucho reconocerla. Tras de ella salió á escena D. Navigio, y hay que afirmar que era el mismo doctor D. Navigio Soto, el de las camándulas políticas, cuya interesante silueta guarda como oro en paño la Historia entre sus páginas, porque si no se afirma bajo palabra y se certifica, nadie

lo creería... (1). ¡Válgame Dios! ¡Qué volteretas y qué tumbos nos dan los años!

Salieron, pues, de la vecina habitación ambos esposos, y como hallaran á la hija en aquella postura de tribulación y abatimiento, se empeñaron en que les confesara la causa:

—¿Qué sucede, Florita?

—Florita, ¿qué tienes?

De sobra la conocían y estaban seguros de que, en su extraña reserva, no desembucharía palabra ni aun metiéndole los dedos en la boca; y así, no insistieron mucho, echándola un vistazo inquisidor la madre, mientras D. Navigio abría las maderas.

—Á ver, levanta la cabeza; ¡ya te has puesto los ojos como tomates! Te he dicho que no te los restriegues con el pañuelo: te estropeas las pestañas, y los párpados se te hinchan horriblemente. ¡Ay! ¡la peladura de la ceja derecha al descubierto! ¡y borrado el carmín de este lado y sin un grano de

(1) *El Candidato.*

polvo! Flora, Flora, ¿qué gusto tienes en desagradarme? Poco vamos á adelantar así. Voy á traer los lápices y el carmín... También la polvera.

—Deja, luego, más tarde—dijo Flora suspirando.

—¿Cómo más tarde? ¿No piensas bajar?

Flora movió negativamente la cabeza, y ante tal resolución, misia Loreto, estupefacta, interrogó á D. Navigio:

—¿Oyes, Navigio? ¿y para esto hemos venido? ¿y para esto nos sacrificamos?

Entonces, Flora se levantó, vino derecha á ella y se puso en plena luz, obligándola á que la mirara de cerca.

—Mamá, mírame y convéncete de una vez: tengo la piel ajada, los ojos pelados, y por todos los poros y los surcos de mi cara așoman burlones mis treinta y cinco años. Es en balde querer taparlos con carmín, con ungüentos, con polvos y con tiznes. Ellos quedan debajo riéndose y diciendo á todos á voces: ¡aquí estamos los treinta y cinco, ni uno menos! Más en balde todavía y te-

merario ponerlos á luchar con los años fresquísimos y encantadores de las de Asnabal: se avergüenzan y se dejan correr lastimosamente. No puede ser, mamá, no puede ser. Esta lucha feroz con la realidad me entristece y acobarda.

—Pero, ¡Flora!—exclamó misia Loreto, —¿ahora salimos con esto? ¿quién te pone á luchar con las de Asnabal ni con ninguna de su pollada? ¿presumes, acaso, de acabar de vestirte de largo? Tú tienes, en cambio, lo que á ellas les falta: el aplomo, la distinción, el juicio, la cultura, todo lo que hace que allí donde estás los hombres se alborotan y te rodean. Un chispazo ingenioso tuyo vale por todas las miradas y las muecas de esas pintureras escandalosas, que en los bulevares de París han aprendido á ser señoritas. Anda y déjate de pamplinas, que, por desgracia y culpa tuya y nuestra, bastante tiempo hemos perdido y las mejores ocasiones... ¡Ay! ¡ya sé, ya sé por qué te has puesto así! Cada vez que te encuentras con Manolo Guerra, que hoy sería tu mari-

do si hubieras querido, se te suben los años á la cabeza. Paciencia, hija, y no pensar más en lo que no tiene remedio. Voy á traer los ingredientes, pues yo misma deseo retocarte.

Sin replicar, Flora se dirigió á la ventana, acariciando con mirada compasiva al padre, que contemplaba silencioso el mar y la playa, adormilados bajo el sol del medio día; sus anchas espaldas de luchador, su abultada y robusta cabeza, se inclinaban por la fatiga, buscando el cansado cuerpo el apoyo del muro; el desencanto se marcaba en la roja caraza, afeitada totalmente como la de un clérigo, y parecía absorto en la persecución de una idea que, flotando sobre las aguas, se perdiérase de vista con rumbo á lo infinito.

—Papá—dijo la joven abrazándole cariñosamente,—tú me das la razón y piensas como yo, ¿verdad? Ahora, como muchas veces, te he oído decir: ¿qué hacemos?... esa pregunta de la desesperación. Pero ya sabes lo que yo haría: ceder, entregarse, caer.

¿Ó esperas y confías en las mentiras oficiales? Si nada has de darles en cambio, ¿qué van á darte ellos graciosamente? Tú, que eres político, sabes muy bien que la política no concede nada de balde; hay que pagarla, por lo menos, con el sacrificio de la dignidad.

D. Navigio se volvió súbitamente enardecido, chispeándole la colorada piel como caldero de cobre puesto al fuego. Pues no, no pensaba lo mismo, no haría lo mismo. Ceder, entregarse, caer, ¡jamás, jamás! ¿Sabía hasta dónde caerían todos? Muy abajo, más abajo de cuanto imaginar pudiera. La casa actual de la calle de Río Bamba, desmantelada y llena de goteras, sin más trastos que los indispensables, y eso que la necesidad iba cercenando día por día lo indispensable y declaraba artículo de lujo la silla del comedor, el espejo de mano, la toalla de hilo... La casa de la calle de Río Bamba sería palacio y alcázar comparado con la cueva en que hubieran de alojarse. Eso no. ¿Entregarse? ¡Jamás! No tendrían ya amigos

ni quien les mirara siquiera, considerara ni respetara en un ápice. La misma compasión, mortaja de los desgraciados, se les negaría cruelmente en la caída, escarbando en el pasado para cubrirlos de basura. No, no. Al contrario. Luchar, luchar siempre, con rabia y saña. No abandonaría su posición sin dejarse las uñas y la piel con el último soplo de vida. Y entretanto, engañaría al público estúpido, vistiendo de púrpura su pobreza para que no se riera con las muecas de su agonía.

—Cásate, Flora, cástate—añadió, terminando en un beso sobre la frente de su hija el vivo burbujear de su réplica, como mueca besando la arena la ola rabiosa y encrespada;—cásate, y lo demás corre de mi cuenta.

—¡Casarme!—repitió Flora.

Volvió la madre con un estuche, la polvera, dos botecitos de plateados marbetes, una toalla y qué sé yo qué otros chismes, y al punto hizo que la muchacha se sentara, más bajo, más alto, de frente, de lado,

así, así, eso es... Y como habilísimo estofador que restaura una imagen ahumada y desconchada por la piedad de muchos siglos, trazó el arco ciliar de la derecha artísticamente, de modo que la odiosa peladura no se notara, rasgó los ojos, encendió los labios y dió dos toques de rubor juvenil á las mejillas; abandonó lápices y pinceles, y con la borla espolvoreó de blanco su obra, suavizando, aterciopelando el conjunto. Y, maravillada, se echaba hacia atrás para juzgar mejor, mientras la quieta y paciente víctima apenas pestañeaba.

—Muy bien, perfectamente—decía satisfecha misia Loreto;—no tiene mejores colores ni piel más hermosa Aida Asnabal. Ya verás cómo en el concierto de esta tarde das el gran golpe. ¿Verdad, Navigio? Sólo te recomiendo que tengas cuidado con el pañuelo. Te pondrás el vestido *pompadour* con viso rosa... Y el aro de oro que, entre el pelo rubio, es de un efecto ideal. Cuéntame: ¿fué esta mañana al baño? ¿te puso los gemelos como ayer? ¿le viste en la

Rambla? cuenta, mujer, que según sean los síntomas, yo te daré mi opinión; se la daremos, ¿verdad, Navigio? y habla claro, que todo se te queda entre los dientes. No sé cómo has salido así, tan metida entre nieblas siempre...

El señor de Soto, aunque quisiera mostrar interés también por saber lo que *él* hiciera y dijera, afectó desentenderse dignamente, mirando á la pintada imagen con el rabillo del ojo. Y como insistiera tenazmente misia Loreto, los labios de bermellón se despegaron para informar que sí, que había estado en el baño, la había puesto los gemelos, como en los días anteriores, y en la Rambla la hizo la rueda y la habló de frivolidades, lo mismo que en la Ópera el último invierno... Nada más.

Con la perfumada borla en la mano, misia Loreto traducía á su gusto lo indescifrable, exornaba lo insignificante, abultándolo todo con el objeto caritativo de que D. Navigio pudiera verlo; triunfante se encaraba con él, cabeceando risueña, como

quien dice:—¿Oyes? pues esto marcha, ¡vaya si marcha!

Tan de color de rosa lo veía todo, que hubo de declarar, convencida, que los síntomas eran mortales de necesidad. Y se enfadó porque Florita contaba todo aquello con tal frialdad como si nada sintiera ni la importara. Dichos por ella, no parecían lances propios y recientes, sino cosas de extraños ocurridas de mucho tiempo, sin mayor importancia ni suficiente influencia para que la confesada se conmoviese. Así no se conquista á nadie, sin calor ni fe; ¿no pondría nada de su parte? ¿nada la inspiraba el mozo? Acabó de cubrirla de polvos, la enharinó profusamente, riñéndola á cada brochazo:

—No adelantaremos nada contigo. Yo no sé qué quieres, qué esperas... Tienes treinta y cinco años, cuatro meses y veintidós días... ¡Sabes cómo estamos, lo que sufrimos! Pierde el tiempo, y nos pierdes á todos con la ocasión, seguramente la última que se presentará.

Flora, caídos los brazos, ofrecía humildemente las mejillas sin rechistar. No se defendía ni disculpaba, cual si lo tuviera por inútil empeño. Sólo llegó á decir entre dos brochazos:

—En la caseta vecina á la mía entra todas las mañanas y á la misma hora que yo...

—¡Ah! ya sé—interrumpió la señora,—la viuda, esa rubia tan hermosa que ha traído una revolución al balneario.

—No sé si es viuda: es esa rusa que llaman Wanda, tiene muchas eses en el apellido y luce dos solitarios como dos soles.

—Vive en el *Hotel de Nápoles*—apuntó D. Navigio,—y por cierto que ocupa los balcones principales de la esquina.

Florita asintió gravemente. Pues la rusa de las eses y de los solitarios se bañaba á la misma hora que ella y á su lado, ¿quién sería capaz de marcar con fijeza matemática la dirección de los gemelos susodichos? si ambos objetivos estaban dentro cabalmente de la misma visual, ¿quién se atrevería á afirmar si era á Flora ó era á Wanda á



quien miraban? Flora, modestamente, con su pesimismo de desengañada, se inclinaba á lo segundo, y esto puso de mal humor á misia Loreto.

—Calla y no tientes al diablo—exclamó alzándose con los utensilios de tocador;—á la banda que *él* mira es á la tuya, no lo dudes, porque basta que dudes para que, con tu pachorra, se lo lleve todo la trampa. ¡También á esa pájara de Rusia se la podía haber ocurrido ir á refrescarse la cola á otro sitio!

Se llevó sus potingues, y D. Navigio quedó frente á la imagen sin decir palabra, con la tal (á quien se había permitido echar miraditas pecaminosas en complicidad con D. Gabino) atravesada en la garganta. Flora tenía razón: D. Navigio habría jurado que los gemelos de... de *él*, como cañones de tiro rápido, disparaban ardientes efluvios sobre la ondina extranjera, que en la playa marplatense exponía sus gracias provocativas.

A todo esto, la sombría Flora callaba tam-

bién, olvidada, acaso, del tema importantísimo en discusión. Y de pronto sonaron golpecitos en la puerta del pasillo, y antes que nadie autorizara la entrada, asomó su preciosa cabeza de diosa modernista Ernestina Asnabal, diciendo alegremente:

—Con permiso... ¡Están solos! entren ustedes.

Dió paso á sus acompañantes, que eran el esponjado caballero Pares y su hermano Gabinito, y ante la amistosa irrupción, encantado, D. Navigio plegó dos ó tres veces el espinazo: ¡adelante! ¡adelante! ¡tantas gracias por el favor! ¿Florita? pues ahí estaba tan famosa, sin rastros de jaqueca y dispuesta á bajar para el concierto, ¡ya lo creo!

Mientras Flora y Ernestina se saludaban y hablaban entre ellas, D. Navigio se dirigió á aquellos caballeros y les ofreció los mejores asientos, liándose en porfiadas cortesías; Rómulo no quiso sentarse, y con las manos en los bolsillos del fresco pantalón de dril correctamente planchado, con una

gardenia en el ojal de la americana de la-  
nilla azul y sus bigotes borgoñones, dió en  
pasear, como impertinente pavo real seguro  
de su hermosura. Y al rumor de las voces  
apareció misia Loreto. ¡Jesús! ¡qué tempestad!  
¡qué entrevero de manos, de miradas  
y de frases amables!

Radiante, satisfecha de hacer los honores  
de su salón como en los mejores tiempos de  
su apogeo social, misia Loreto se excedió  
en las muestras de su galantería: tocó el  
timbre y mandó al maestresala que subiera  
champaña, *sandwichs* y *masitas*, y cuando  
todo esto fué presentado en bandeja de me-  
tal, hizo descorchar dos botellas y ella  
misma dió las copas á Florita para que las  
ofreciera á los caballeros, y á D. Navigio  
la que ofrecer debía á Ernestina, con tal  
aplomo de directora de escena, que se reve-  
laba maestra consumada.

Los convidados pretendieron excusarse,  
pero se rindieron á su insistencia. Y Ró-  
mulo y el joven Gabino y Ernestina acep-  
táronlo todo, sin parar de charlar y de reir.

¡Gracias á Dios que lo de la jaqueca de  
Florita había pasado! Abajo la esperaban,  
y ante el temor de que siguiera mala, sus  
amigos acordaron delegar la comisión de  
que eran modestos miembros.

—¡Tantas gracias!—decía misia Loreto;  
—son ustedes muy amables... Florita, llena  
la copa del señor Asnabal... ¿Otra *masita*,  
Ernestina?

—¿Saben ustedes de cuántos grados dis-  
frutan en Buenos Aires?—saltó Gabino,—  
38 y décimas.

¡Qué horror! ¡cómo podían resistirlos! in-  
felices de los que no salían de aquel horno  
por sus ocupaciones ó su falta de medios.

—Nosotros—declaró D. Navigio—pensa-  
mos permanecer aquí hasta Abril, tranqui-  
lamente.

—Pero, ¿no dicen que va usted á la Corte  
Suprema?—preguntó Rómulo.—Casuso es  
el que ha traído la noticia.

—Es posible—contestó Soto, pavoneán-  
dose con la copa en la mano;—grande em-  
peño en ello tiene el Presidente; pero yo